



El premio Nobel otorgado a Juan Ramón Jiménez es el reconocimiento internacional a la plenitud de su creación poética. Su obra ha sido el resultado maduro de una vida entregada a su vocación. «Para mí-nos ha dicho-, la poesía ha estado siempre íntimamente fundida con toda mi existencia».

Y no se trataba de una vocación fácil. La vocación del poeta es un RECREAR el universo, informándolo de su propia conciencia,

*dar mi alma a cada grano
de la tierra que voy pisando.*

La dificultad de la entrega radica en nuestro propio ser. Sin embargo, Juan Ramón se ha entregado sin reservarse nada, descubriendo como respuesta a su entrega la gran misión que le ofrecía la poesía:

*Pensé arrancarme el corazón, y echarlo...
a ver si con romperlo y con sembrarlo
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.*

No había un puesto más urgente frente a un mundo egoísta: llevarle el amor. Juan Ramón lo aceptó con una autenticidad de entrega que fué cristalizando en una intuición emocional del «Dios es Amor», que le ha hecho reconocer al poeta «que todo mi avance poético en la poesía, era avance hacia dios».

PROYECCIÓN

Su vocación poética ha sido, por tanto, una vocación religiosa, sacerdotal. Lo ha tocado todo, cielo, mar, silencio, dolor... y lo ha consagrado todo en belleza, en un mundo de sensaciones estilizadas y desconocidas, en dios. Pero su sacerdocio, (los que hemos leído con cariño sus versos lo decimos con pena), ha sido un sacerdocio profano, que ha consagrado el universo en un dios panteísta, un dios con minúscula porque

*no eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano...
eres dios de lo hermoso conseguido,
conciencia mía de lo hermoso.*

Y toda «conciencia mía» siempre es minúscula. pequeña, un reflejo leve de la Conciencia, de la Poesía, del Dios subsistente y trascendente que es mi Creador y mi Redentor, el Creador y el Redentor del poeta.

Desde nuestro ángulo teológico la vocación de Juan Ramón aparece como una sinfonía inacabada e incompleta. Las circunstancias de un momento histórico privaron su poesía de la dimensión trascendente, la más humana, la que siempre ha buscado Juan Ramón en el malva de la tarde y en el azul del mar: la dimensión de Dios. De Dios con mayúscula, el que alegra la juventud de los que viven con Él, y el que crea nostalgias indefinidas en los que no lo tienen y sin embargo lo buscan.

*Yo me iré; y estaré solo, sin hogar y sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...*

Sí, te irás una mañana, no sabemos cuándo, pero no estarás solo. Si tu obra quedara incompleta, no lo quedará tu vida. Todos tus versos respiran, sin tú saberlo, un ansia infinita como aquella de San Juan de la Cruz:

*Oh cristalina fuente,
si en tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados.*

Con cuidado reverencial has anotado tres encuentros con Dios a través de tu vida. Yo creo que en la última singladura de tu periplo te volverás a encontrar con Dios trascendente, el Cristo manso, el que vivió en tus ojos de niño y el que está anclado en Dios Padre para que ninguno que lo mire se pierda. Si tu vida es poesía, la poesía definitiva, la vida eterna es «que te conozcan a Tí, Padre, y al que enviaste Jesucristo».

Este es nuestro deseo más íntimo, nuestra felicitación ante el triunfo internacional de Juan Ramón Jiménez.